

ya conocido este pasaje del libelo de Lutero contra Silvestre Prierias:

«Si nosotros empleamos la horca contra los ladrones, la espada contra los asesinos y el fuego contra los herejes, ¿por qué no habíamos de lavar nuestras manos en la sangre de esos señores de perdición, de esos Cardenales, de esos Papas, de esas serpientes de Roma, que manchan la Iglesia de Dios?»

«¡Pobres paisanos, añade Osiander, á los que Lutero adula y acaricia mientras que no atacan mas que al Episcopado y al clero! Pero cuando la rebelion crece y los rebeldes, riéndose de su Bula, le amenazan á él y á sus príncipes, entonces aparece otra segunda Bula, en la que predica el asesinato de los campesinos, como pudiera hacerse con un rebaño. ¿Y sabeis cómo canta sus funerales cuando han muerto? Casándose con una monja.»

A la voz de Osiander viene á unirse la de Erasmo, para acusar á Lutero.

«Inútil es que en vuestro cruel manifiesto contra los aldeanos rechaceis toda sospecha de rebelion, le dice. Ahí están vuestros libelos, esos libelos escritos en lengua vulgar, en los que, en nombre de la libertad evangélica, predicais una cruzada contra los Obispos y los frailes. Ahí es donde se halla el germen de todos los tumultos: «¡Sus, príncipes míos! gritaba Lutero. ¡A las armas! Herid.» ¡A las armas! Herid. Ya han llegado los tiempos, tiempos maravillosos, en que, con la sangre que vierta, pueda un príncipe ganar el cielo con mas facilidad que nosotros con oraciones.

«Herid, traspasad, matad frente á frente, por la espalda; porque nada hay tan diabólico como un sedicioso: es un perro rabioso, que os muerde si no acabais con él.

«No se trata ya de dormir, de ser compasivo ó misericordioso: el tiempo de la espada y de la cólera no es tiempo de perdon.

«Si sucumbis, sois mártires ante Dios, porque marcháis en su Verbo; pero si sucumbe vuestro enemigo, el campesino rebelado solo recibirá como herencia el fuego eterno; porque haciendo uso de la espada contra la orden del Señor, es un hijo de Satanás.»

Melanchthon se unia á su maestro para acabar con los campesinos, y decia á los príncipes:

«En verdad que esos rústicos están locos; ¿qué quieren, pues, esos hombres del campo, á quienes se les concede todavía demasiada libertad? José carga la espalda del egipcio, porque sabe muy bien que al pueblo no se le debe aflojar la brida.»

Los sublevados, colocados repentinamente entre la muerte y la apostasia, no dudan un momento: para ellos la muerte era el martirio, la apostasia el infierno. Su valor no desfallece, y en presencia del patíbulo con que se les amenazaba, Munzer conservó toda su altivez. Aunque vencido, encontraba todavía medios de insultar á sus señores y de debilitar la fidelidad dudosa de sus vasallos.

La carta que escribió al conde de Mansfeld es un testamento de muerte, parecido al de Catilina.

«Al hermano Alberto, conde de Mansfeld, para su conversion.

«Hermano: abusas de un testo del Apóstol, para predicarnos la sumision á los magistrados. Tú estás todavía en las mantillas de la supersticion papista, que nos ha hecho dos tiranos de Pedro y de Pablo. ¿No sabes tú que Dios, en su furor, encarga con frecuencia á los pueblos azotar á los príncipes avaros y arrojar de su trono los malos Reyes? De tí y de tus semejantes canta la Madre de Dios: «El Señor ha depuesto á los poderosos de su silla y exaltado á los pequeños.» En esas alegres comidas á la luterana que das todos los días, y en la cómoda doctrina del doctor de Wittemberg, no has podido aprender que el Señor, como dice el Profeta, alimenta á los pájaros del cielo para que

devoren la carne de los príncipes y beban su sangre. Este pueblo que oprimes, ¿no es mas agradable á los ojos de Dios que el impío que engorda con su sustancia? Idólatra, que tomas el nombre de cristiano, ¿te atreves á tomar en boca la palabra de San Pablo? Corres á tu perdición. De hoy mas el pueblo es el soberano. Rompe los vínculos que te unen á nuestros tiranos; ven á nosotros; nuestros brazos te están abiertos. Si marchas contra nosotros, ven tambien; despreciamos tus amenazas y tu espada. Muy pronto la mano del Señor pesará sobre tu frente. Tomás Munzer, armado con la espada de Gedeon, te saluda.»

Al mismo tiempo Munzer hacia que llegase á manos del conde Ernesto, hermano del conde de Mansfeld, este cartel:

«Conde: de ti ha dicho el Profeta Abdías: «Tu nido será arrancado y destruido.» Espero una respuesta inmediatamente, ó por Jesus que nosotros iremos á buscarla. Mis hermanos y yo sabremos ejecutar las órdenes de lo alto.»

Los dos hermanos no faltaron al torneo. Lleguemos al desenlace de este drama religioso, que domina tan vivamente al corazón.

El lugar de la escena era Franckenhausen, donde se habian citado todos los príncipes. El ejército de los señores confederados lo mandaban el landgrave de Hesse y el duque Jorge de Sajonia, príncipe cuyo amor á las letras ha ensalzado mucho Erasmo, y á quien Lutero llena de ultrajes en todas las páginas de su correspondencia. El duque se vengó noblemente del reformador, batiéndose como un mero soldado.

Tomás Munzer habia elegido para establecer su campamento un montecillo, cuya base habia fortificado con árboles y carros, para evitar los ataques de la caballería.

Era un curioso espectáculo el que ofrecian los dos ejércitos á la salida del sol. El de los confederados se estendia

en orden de batalla en una vasta llanura; sus dos alas estaban defendidas por dos escuadrones de caballería, cuyas centelleantes corazas parecian inundar de fuego las bajadas de la montaña, donde se habian amontonado los campesinos. En el centro la infantería presentaba una masa negra, interrumpida de distancia en distancia por banderas, en que flotaba la imágen de un santo ó los colores de la casa que representaban. Algunos cañones viejos, arrancados de los arsenales en que dormian hacia mucho tiempo, ó de las fortificaciones que no habian defendido en muchos siglos, rodaban delante de las líneas para asustar á los campesinos.

La montaña, cuyas sinuosidades estaban cubiertas por rebeldes, ofrecia distinto golpe de vista. En vano la mirada hubiera buscado un órden, una combinacion estratégica en aquellos grupos irregulares de combatientes. No se percibia mas que masas irregulares, separadas las unas de las otras por algún accidente del terreno, y semejantes en sus movimientos á las nubes que se agrupan unas sobre otras. Sin los gritos de guerra que de vez en cuando se oian; sin los estandartes que el viento agitaba sobre aquellas cabezas, y en los cuales estaba pintada la rueda de la fortuna, se hubiese podido tomar aquella masa informe de rebeldes por uno de esos auditorios que Munzer arrastraba en pos de sí.

Los príncipes hubieran debido tener compasión de aquellos desgraciados que corrian á su pérdida: hubieran bastado algunos cañonazos para hacer justicia; pero Lutero no lo queria. Se diria que se trataba de un combate romano. Todo pasó como en las relaciones de Tito Livio: primero, la arenga militar; despues, la órden de cargar dada por las trompetas; en seguida, el choque de los dos ejércitos.

Los rebeldes no tenian artillería, y ni aun armas de fuego. En el momento en que oyeron los clarines enemi-

gos se hincaron de rodillas, y entonaron un cántico al Espíritu-Santo. De repente apareció un arco-iris sobre sus cabezas, y lo saludaron como un presagio de victoria.

No fue aquello una lucha regular. Los campesinos presentaban su cuello, cantando al Señor, que no envió su ángel para libertarlos, como les había prometido Munzer. El hierro estaba cansado de dar la muerte, y se dió orden á la caballería para que pasase por encima de los cuerpos, y acabase al que todavía respirara. Solo los mineros, confiados en sus martillos, opusieron una vigorosa resistencia, y continuaban batiéndose cuando las trompetas del ejército de los príncipes dieron la señal de la victoria. Ni uno de ellos pidió cuartel: todos murieron, vomitando con su sangre imprecaciones contra sus tiranos, «y por la gloria del nombre de Dios y la emancipación de su patria,» dice Sleidan.

Uno de estos desgraciados, que se había batido heroicamente, cayó prisionero, y conducido ante el landgráve, Felipe de Hesse:

—Vamos, le dijo este: ¿qué régimen te parece mejor, el de los príncipes ó el de tus paisanos?

—A fe mía, monseñor, respondió el prisionero, los cuchillos no cortarían mejor, aunque los campesinos fuéramos los señores.

Se le concedió el perdón.

Munzer, á quien se había encontrado en Franckenhausen tendido en una cama, cubierto de sangre, medió destrozado el pecho y con la palidez de la muerte en los labios, fue conducido al campamento de los vencedores. Los soldados, que le buscaban, pasaron de largo por no turbár los últimos momentos de un moribundo; pero habiéndole conocido un criado de un caballero de Edimburgo, lo llevó en triunfo á la tienda de los príncipes. Su presencia les hizo sonreírse; pero en lugar de reconvenções, el landgráve de Hesse quiso entablar con su prisionero una contro-

versia. El profeta se prestó á ello; pero ni uno ni otro tuvieron motivos para cantar victoria. Desde el tormento pasó Munzer á los calabozos, adonde bajó en seguida un sacerdote católico, que reconcilió al anabaptista con la Iglesia, lo confesó, y le administró la comunión. Munzer no dejó de acusar á Lutero; hasta el momento de espirar, de todas sus desgracias. La Religión, mucho mas que la aproximación de la muerte, que tantas veces había arrostrado, habia apagado su orgullo. Temblaba, pero era por el temor del juicio de Dios. En el momento del suplicio bebió de un solo trago, en seguida oró, y marchó con la cabeza erguida hácia Heldrungen, punto en que debía ser ejecutado. El sacerdote le encargó que se arrodillase y rezase el credo; pero la voz de Munzer se distinguió al pronunciar la primera palabra del Simbolo. Entonces el duque de Brunswick y el sacerdote recitaron la oración de los agonizantes, cuyas palabras repetia Munzer en voz baja. No parecía sino que una luz sobrenatural habia bajado de repente á confortar su alma. En seguida se levantó, paseó nobles miradas sobre la multitud, y dirigió á los príncipes que rodeaban el cadalso una exhortación, que hizo arrasar sus ojos de lágrimas; dirigiéndose en seguida al verdugo, le dijo: «Vamos,» y al sacerdote que le acompañaba: «Adios.» El verdugo hizo rodar á seis pasos su cabeza. Un soldado la dió con el pie, el verdugo la tomó, y la fijó en una pica, de la que colgaba un cartel, en que se leía: «Munzer, reo de lesa-majestad.»

La rebelion de los campesinos se apagó con la sangre de su jefe: sus discípulos abandonaron apresuradamente una tierra en que la muerte les amenazaba á cada paso, refugiándose unos á la Moravia, y otros, en mayor número, á la Suiza, que los recibió compasiva. Y por cierto que no tuvo motivo de arrepentirse de su hospitalidad, porque su ardor revolucionario se disipó en disputas religiosas. Zwínglio abrió en Zurich, y en Zollikon algunos tribunales,

donde los anabaptistas y sacramentarios comparecieron en paz y bajo la égida de la magistratura, para discutir sobre los puntos fundamentales de sus creencias. Cada secta quería atribuirse la victoria; pero Zwinglio obtuvo el triunfo sobre sus adversarios, porque tenía el Senado en su favor. Los anabaptistas tuvieron que emigrar por segunda vez, y sus restos, conocidos con el nombre de hermanos morayos, viven diseminados en algunas provincias de Holanda, si no reconciliados con la gran ley católica, al menos con el poder, al que no dan motivos para temerlos.

Si nosotros levantásemos un grito acusador contra Lutero, quizá fuese sospechoso nuestro testimonio; pero ¿quién se atreverá á contradecir el que pronuncian dos veces enemigos de nuestro culto, una de ellas el sacramentario Hospiniano, que decía á Lutero: «Tú, tú eres quien has escitado la guerra de los campesinos,» y la otra de Memmo Simon, que apelaba á la conciencia de los mismos luteranos sobre el origen y la propagacion de la sedicion? Hemos escuchado el último suspiro de Munzer, y ha sido una maldicion contra el reformador; hemos oido á Erasmo que le echa en cara el haber fomentado la rebelion con sus libelos contra los frailes y los monges, y, por último, ya hemos visto lo que ha dicho el mismo Lutero en sus palabras antes citadas. ¿Qué mas necesita un historiador para pronunciar su sentencia?

En el día del juicio final, ha dicho Cochlée, Munzer y sus compañeros gritarán delante de Dios y sus ángeles: **¡Venganza contra Lutero!**

Tal fue el fin de la guerra de los aldeanos. En el poco tiempo que se les permitió castigar á la humanidad, se cuentan mas de cien mil hombres muertos en el campo de batalla; siete ciudades desmanteladas; mil monasterios arrasados; trescientas iglesias incendiadas, y perdidos inmensos tesoros de pintura, de escultura, de platería y de calcografía. Si hubiesen triunfado, la Alemania se hubiera

convertido en un caos: la literatura, las artes, la poesía, la moral, el dogma, el poder, todo hubiera perecido en la misma tempestad. La rebelion, engendro de Lutero, fue una hija desobediente, á quien su padre supo al menos castigar. Si se vertió sangre inocente, que caiga sobre su cabeza, porque el mismo reformador dice: «Yo soy quien la he vertido por orden de Dios, y el que ha sucumbido en esta lucha ha perdido su alma y su cuerpo, porque pertenecen al demonio.»

Lutero no tuvo compasion de la sangre de los campesinos, porque ya no le servia de nada.

«A burro lerdo, arriero loco, ha dicho el sabio, escribia Lutero á Ruchel: á los patanes paja y cebada. No quieren ceder; garrotazo y fuego en ellos: esta es la mejor razon. Pidamos á Dios que obedezcan; pero si no lo hacen, no haya compasion para ellos: si no oyen silbar las balas, se harán cien veces peores.»

Aunque el anabaptismo quedó ahogado en la sangre de sus discípulos, no por eso se habia acabado todo para Lutero.

